

MAESTROS DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

Recuerdo de don Julio Ortiz Vázquez



Por Francisco Javier Barbado

El profesor Ortiz Vázquez fue catedrático de Patología Médica de la Universidad Autónoma de Madrid y Jefe del Departamento de Medicina Interna de la Ciudad Sanitaria La Paz. Maestro de la medicina clínica española y pionero de la medicina científica hospitalaria de la Seguridad Social. En un país dado al adanismo y al olvido de sus maestros, justo es el recuerdo, el reconocimiento y el agradecimiento.

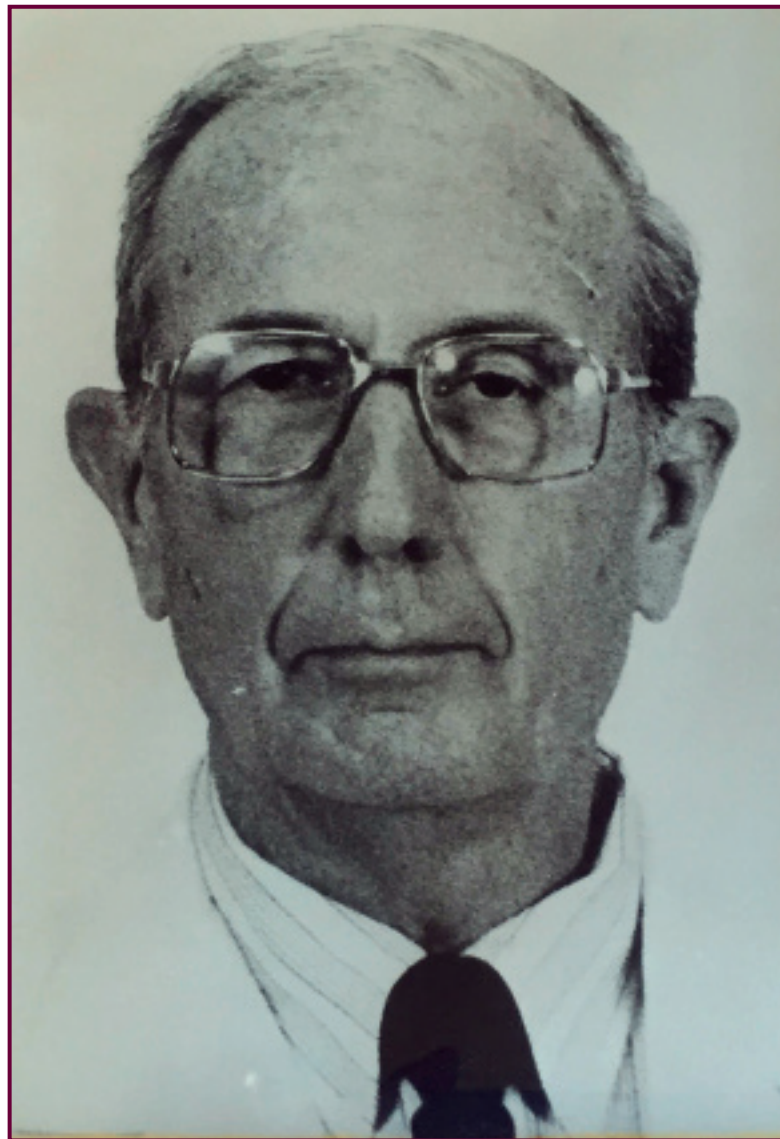
Retrato instantáneo

Don Julio, como habitualmente le llamábamos sus discípulos, nació en Madrid el 21 de enero de 1921. A primera vista era un hombre alto, leptosomático, con cara de pájaro, humilde, abierto y cordial, alegre y elegante sin cursilería ni petulancia, de rápida y penetrante inteligencia, con un sutil humor británico. Pero, en mi opinión, lo más inquietante era su mirada, llena de empatía y afectividad y con la que conseguía transmitir conocimientos.

Para José Antonio Flaquer (La sanidad española a debate, JANO, 1971) sorprendía “su mirada de pájaro salvaje humanizado y sensible” y aseguraba que “es uno de los hombres más finos que me he echado a la cara”. Sin duda, sus ojos irradiaban inquietud: parecía mirar a otro tiempo.

Estampa académica

El profesor Ortiz Vázquez realizó el bachillerato en el Instituto Escuela de Madrid, centro oficializado de la Institución Libre de Enseñanza, como alumno de primera y segunda enseñanza. En la reciente exposición El maestro de la España moderna. Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza (Madrid, 2016) se destaca la enseñanza ejemplar y relevante del Instituto Escuela. Por tanto, fue un directo beneficiario de la modernidad pedagógica española anterior a



El profesor Julio Ortiz Vázquez.

1936, de la que tuvo una huella imborrable y un emocionado recuerdo (Veinte años de la Facultad de Medicina de la UAM, 1989).

Don Julio estudió en la Facultad de Medicina de san Carlos de Madrid a partir del curso 1939-1940. Fue alumno interno por oposición, primero en Anatomía y luego en Medicina Interna con el profesor Fernando Enríquez de Salamanca. Se licenció en el año 1945, con 18 matrículas y en el año 1947 obtuvo el Premio Extraordinario en la Licenciatura

(Manuel Díaz-Rubio, 100 médicos españoles del siglo XX, 2000).

Discípulo de don Gregorio Marañón

Entre los años 1944-1949 colaboró con el Instituto de Patología Médica que dirigía Marañón en el Hospital Provincial, adyacente al hospital de san Carlos, y de forma simultánea acudía a las Salas de don Francisco Rozábal.

Don Julio hizo una entrañable remembranza de la etapa con Marañón: “estuve en su Servicio entre 1944 y 1950, es decir durante el úl-

timo curso de mi carrera y los cinco primeros años de recién licenciado”, “los que formamos un día, en octubre de 1944 parte de ese nuevo grupo de jóvenes ávidos de saber que se acercaban a él sin carta de recomendación alguna ¡con qué cariño nos recibía! (Marañón maestro. El magisterio clínico en su tiempo y en el nuestro, 1988) Durante el curso 1946-1947 el joven Ortiz Vázquez fue testigo emocionado de la lección inaugural de Marañón, tras diez años de paréntesis por la guerra civil y el exilio, cuando empezó recordando el “decíamos ayer” de Fray Luis de León.

Discípulo de don

Fernando Enríquez de Salamanca

Ortiz Vázquez se consideró discípulo también de otros ilustres maestros de la Clínica Médica como Enríquez de Salamanca y Rozábal y se consideró libre de todo fanatismo devoto por “no ser un hombre de un solo maestro”.

En el año 1949 se traslada a la cátedra de Enríquez de Salamanca y en 1950 fue nombrado médico interno y ayudante de clases prácticas. Durante el curso 1950-1951 realizó su tesis doctoral, dirigida por Enríquez de Salamanca, titulada Extracción y valoración de las porfirinas fecales, en el Instituto de Medicina Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, situado en la Facultad de Medicina de san Carlos. Con ella opta al Grado de Doctor en el año 1952, defendiendo su tesis ante un Tribunal formado por profesores históricos como Corral (Fisiología), Bermejillo y Enríquez de Salamanca (Patología Médica), Vallejo Nágera (Psiquiatría) y San Román (Hidrología Médica), obteniendo el Premio Extraordinario.

Profesor Adjunto

En el año 1953 ganó por oposición la plaza de Profesor Adjunto de la cátedra de Enríquez de Salamanca. Desempeñó esta función hasta el año 1960, en que al jubilarse el catedrático titular en septiembre de 1960 queda como Encargado de Cátedra, hasta la llegada del profesor don Manuel Díaz Rubio en el curso 1960-1961.

Pérez Peña (Los últimos clínicos de san Carlos. Estampas y vivencias de la Facultad de Medicina de san Carlos, 2005) hizo un juicio interesante sobre la actividad docente del profesor Ortiz Vázquez “pese a no ser de gran facilidad de palabra, impartió unas clases sumamente útiles, yendo siempre a lo fundamental, huyendo de barroquismos

y adornando sus clases con un fino humor británico”. Estas cualidades las tuvo también en la enseñanza que impartía a las enfermeras de Salus Infirmorum (Juan Antonio Martínez Gómez-Gordo, Marañón, en mis recuerdos, 1977)

Una nota sentimental

Durante el verano de 1955 permaneció por espacio de dos meses en el Instituto de Cardiología de México con el prestigioso profesor Chávez, recibiendo ofertas que no aceptó para quedarse en aquel lugar. Según sugiere Pérez Peña en sus memorias, con acierto porque de “haberlo hecho no hubiera conocido a una de las alumnas más guapas (María Teresa Salazar) de la promoción de 1957, con la que terminaría casándose”. Tuvieron dos hijos, Teresa y Julio.

Catedrático de Patología Médica

El 16 de octubre de 1962 Ortiz Vázquez obtuvo en primera votación la cátedra de Patología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cádiz, en donde permaneció tres cursos.

Llegada al hospital Paz de Madrid

En 1965 renunció a la cátedra de Cádiz para desempeñar desde febrero de 1966 la Jefatura del Departamento de Medicina de la llamada entonces Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social La Paz que había sido inaugurada el 18 de julio de 1964 por el entonces Jefe del Estado, general Franco. Don Julio había preferido, según su propia sentencia parodiando a Méndez Núñez, “una clínica sin cátedra a una cátedra sin clínica”. El doctor Vi-

cente Pozuelo reconoce en su libro de recuerdos Marañón y su obra en la Medicina. Visión de un discípulo directo y personal (1999) la potente acción hospitalaria de don Julio “el profesor Ortiz Vázquez, discípulo de don Gregorio Marañón, primer Jefe de Departamento de la Seguridad Social, es uno de los hombres que más y mejor labor hospitalaria han realizado en España”. En el año 1969 fue nombrado Director de La Residencia General de La Paz y también accedió a la cátedra de Patología Médica de la recién creada

En un país dado al adanismo y al olvido de sus maestros, justo es el recuerdo, el reconocimiento y el agradecimiento

Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid.

Innovador de la docencia

El profesor Ortiz Vázquez fue un tenaz artífice de dos experiencias innovadoras en la enseñanza de pregrado y posgrado de la Medicina en España: la enseñanza en una nueva Facultad (Veinte años de la Facultad de Medicina de la UAM. Análisis crítico de una experiencia docente, 1989) y la formación de los especialistas médicos mediante el sistema MIR (Médicos Internos y Residentes) en La Paz desde el año 1966.

Sin duda, fue fundamental su aportación a la puesta en marcha de la Facultad llamada “la Autónoma”, que tuvo un rompedor y revolucionario método para la en-

desde hace más de cincuenta años, ha resistido la fuerza del tiempo y ha transformado la medicina empírica en científica. El cambio revolucionario fue sencillo: “te formas mientras trabajas activamente”, en condiciones de responsabilidad progresiva, programada y supervisada, lejos de las escuelas teóricas y de la inscripción en el Colegio de Médicos. El 14 de abril de 1967 el profesor Ortiz Vázquez inauguró el primer curso de MIR en el hospital La Paz (Juan García Puig, Don Julio y el sistema MIR, 1998)

Una huella imborrable es su incesante actividad docente: las sesiones clínicas diarias (“aprender por la gorra, sin pagar”, decía socarrón) apasionantes y precedidas por la lectura de las fichas biblio-

crítico de sus médicos.

En mi opinión, esta actividad hospitalaria es heredera del espíritu de las sesiones de Marañón cuya teleología fue la búsqueda de “su enorme utilidad, tanto para el esclarecimiento de los problemas médicos, como para la formación del espíritu metódico y de la disciplina crítica de los asistentes” (Trabajos del Servicio de Patología Médica del Hospital General de Madrid, 1929)

El profesor Ortiz Vázquez, como detalla Díaz-Rubio, alcanzó gran prestigio profesional asesorando y colaborando en múltiples aspectos con la Sanidad Pública, participó activamente en el llamado Informe Abril Martorell o Libro Blanco de la Sanidad y realizó una gran labor como publicista en la redacción de libros, artículos de investigación clínica, y comunicaciones a congresos nacionales e internacionales.

Faceta humana

Un retrato exacto de la excelencia humana de don Julio está dibujado por el profesor Juan José Vázquez



50 aniversario del Hospital Universitario La Paz (1965-2015)

señanza médica. Quiero destacar un hecho, que yo viví como representante de los MIR en La Paz, el trascendental papel activo que tuvo en el diseño y creación del sistema MIR en España, tras su implantación en el Hospital General de Asturias por el doctor Fernando Alonso-Lej de las Casas en 1963 (‘Noticias Médicas’, septiembre 2009). Además fue una persona clave en la sanidad española, que ha quedado casi oculta por otras personalidades médicas más mediáticas o políticas.

El MIR que existe en nuestro país

gráficas, las famosas “hojas parroquiales”, que él nos leía y donde en brillante síntesis resumía lo más destacado de las revistas médicas de primera línea. Tuvo a su cargo la programación y ordenación, de las Sesiones Conjuntas del Hospital General, llegando a presidir y moderar casi mil sesiones, teniendo que “retorcer el pescuezo cada vez que se proyecta una diapositiva”, como gustaba decir. Su actitud era la de un inoculador de curiosidad, una especie de tábano que aguijoneaba el pensamiento

Rodríguez (El profesor Ortiz Vázquez y el Dpto. de Medicina del Hospital La Paz, 1998)

El doctor Manuel Fuster Siebert, traductor del libro Aequanimitas de William Osler, dedica “un cariñoso recuerdo al profesor Ortiz Vázquez, de grata memoria, quien despertó mi interés por Osler cuando lo citaba al dar consejo a sus médicos internos y residentes, y por extensión, al hospital La Paz de Madrid, transmisor de la tradición osleriana”.

Pero quizás sea en una anécdota

que cuenta el profesor Juan García Puig (10º Aniversario Grupo MAPA-MADRID, 2003) donde mejor aflora el humanismo osleriano de don Julio. García Puig, perplejo ante un cuadro que tenía Ortiz Vázquez en su despacho, una de las pinturas negras de Goya “Duelo a garrotazos”, le preguntó: “Oiga, usted don Julio ¿cómo es que tiene ese cuadro tan feo presidiendo su despacho y todas sus actuaciones? Es horroroso. Don Julio contestó: “Porque esto es España. Dos españolitos dándose de mamporros porque no saben resolver sus diferencias de otro modo más civilizado. Y yo durante toda mi vida he intentado conciliar posturas, aceptar la crítica razonable y razonada, siguiendo el principio de las cuatro haches: honestidad, humildad, humanidad y sentido del humor”. Y estas cuatro haches son los valores humanos de Osler, quien curiosamente insistía sobre todo en el humor.

Don Julio exudaba un tipo de humor, agudo e ingenioso, lleno de la ironía que no hiera, el que según Forges “es un bálsamo indudable para ese viaje sin retorno, siempre doloroso, que es para los humanos, la vida”.

El profesor Antonio G. García destaca la sencillez de Ortiz Vázquez y afirma que “cuando se jubiló no permitió que se le hiciera homenaje alguno y fue enemigo de figurar, de premios y condecoraciones, actitud congruente con su dedicación y honradez en el trabajo bien hecho, que para él era la única gratificación válida” (Don Julio, Noticias Médicas, octubre 1997)

¿Profesor o maestro?

Decía Marañón que la clave en la distinción entre profesor y maestro está en que el profesor sabe y enseña y el maestro sabe, enseña y ama. José Luis Sampedro en su libro póstumo *La vida perenne* (2015) nos sugiere que “el maestro que necesita es el que provoque en ti tu propia visión, no la copia de la suya; el que te haga descubrir por ti mismo lo que él solo no percibiría nunca”. Es cierto, don Julio estaba para estimular y ayudar a ver y no para cegar a sus discípulos. Pero lo más penetrante como maestro era su ejemplo y ya sabemos que las palabras convencen pero los ejemplos arrastran.

Sin embargo, hoy como reconoce el psiquiatra Carlos Castilla del

Pino (Casa del Olivo, 2004) “no hay sitio para los estilos y la función del maestro se ha desdibujado”. Quizá ahora el líder clínico, el maestro, ha sido sustituido por el líder gestión, e incluso por el denominado gestor del talento o del conocimiento o el ridículo *influencer*. En la actualidad, existe cierta nostalgia cuando vemos que jamás el Médico Residente elige una especialidad atraído por un maestro o un líder clínico, por ser considerados ecos del pasado.

El pase de visita

Las visitas a los enfermos con don Julio tenían dentro de su metódica y liturgia, gran dinamismo y tenacidad. Pasaba las Salas de Medicina Interna dos veces por semana, con una regularidad sorprendente, de forma temprana, un poco antes de las 8 am y de forma elegante ponía en evidencia a quien faltaba o llegaba tarde. El grupo de la visita estaba formado por el Médico Adjunto, el Jefe de Sección, los MIR propios y de otras especialidades, alumnos y las enfermeras encargadas de cada Sala. Don Julio se sentaba

lizaba y comentaba algún dato de la anamnesis, con anotaciones de hallazgos en la exploración física no advertidos previamente. Había una breve interrupción o descanso, en la que transmitía afabilidad y confianza, con toma de café con churros en la cafetería del hospital, con un rito: pagaba el que perdía en el juego de “los chinos” (Manuel de Santiago Corchado, En Memoria de Julio Ortiz Vázquez, Diario Médico, octubre 1997).

En suma, cada visita a la cabecera del enfermo constituía una enseñanza para el razonamiento clínico, jamás superada por ningún otro método pedagógico, pues la docencia es inseparable de la asistencia y lejos de los actuales cursos virtuales a través de la resolución de casos clínicos interactivos.

Pérez Peña insiste que las actuales visitas clínicas “se realizan en los Despachos, analizando el historial de los enfermos. Los MIR pasan la mañana rellenando hojas burócratas y poco palpando el abdomen”. Esta interesante observación coincide con el profesor García Barreno (

pero la medicina se debe realizar y aprender al lado del enfermo.

Anecdotario

Don Julio era una persona de múltiples anécdotas. Recuerdo una vivencia que me produjo gran efecto. Al verme llegar con prisas a mi Sala de hospitalización, me preguntó con voz ronca:

-Pero Barbado, ¿de dónde viene usted? Le contesté “de ver una autopsia de un enfermo mío”.

-¿Y qué le pasaba?

-Pues que tenía una Púrpura benigna hipergammaglobulinémica de Wäldestrom

-Y me contestó con la rapidez de un rayo: “¡Pues no sería tan benigna!”

Hoy no tendrían cabida ni comprensión las preguntas que me hizo don Julio en la entrevista personal del examen MIR, entre las que recuerdo algunas como “¿de qué estilo es la catedral de Pisa? ¿qué opina usted de José Antonio? ¿dónde ejerció como médico don Pío Baroja?”

Epílogo

El profesor Ortiz Vázquez murió a los 77 años de edad, el 27 de septiembre de 1997. Tuvo una muerte repentina, y como siempre deseó sin sufrimiento y sin ser una carga para nadie. Pero como escribió Homero (Odas, libro III, ed. 30, v.6.) non omnis moriar (no me moriré todo entero, algo de mí sobrevivirá), nos deja la sabiduría perenne de su vida.

Permítanme que les transmita su carta de despedida el siete de enero de 1991: “Al cesar en la Jefatura de Departamento, quiero despedirme de ti, con mi agradecimiento por tu colaboración y por tu

participación en comunes afanes durante tantos años. Digan lo que digan, algo hemos hecho juntos. Aunque yo no te haya repetido a menudo que algo vales, ahora que me voy definitivamente, quiero decirte cuánto he estimado tu esfuerzo humilde de cada día, por encima de índices, auditorías y controles. Ya sin los míos, sigue adelante con perseverancia, en beneficio del enfermo y de la Medicina”

Francisco Javier Barbado Hernández es Jefe de Sección de Medicina Interna del Hospital Universitario La Paz y Profesor Honorario de la Universidad Autónoma de Madrid.



Placa conmemorativa en el Aula Ortiz Vázquez del Hospital General La Paz.

Quizá ahora el líder clínico, el maestro, ha sido sustituido por el líder gestión, e incluso por el denominado gestor del talento o el ridículo influencer

en una silla o en el borde del lecho del enfermo, lo que él llamaba “la Medicina de la silla de Marañón”: escuchar, hablar con el enfermo personalmente frente a frente, tocarle o reflexionar, leía la historia clínica provisto de un bolígrafo o rotulador rojo, con el que subrayaba lo esencial, corregía expresiones y conceptos inadecuados, puntuaba

Reflexiones sobre el sistema sanitario, Revista Occidente, 2010) quien define el nuevo pase de visita: “la versión digital del enfermo, analizado y escaneado -a veces desde la Urgencia o Admisión- es discutida en el búnker-tecnológico (¡los Despachos!) mientras el enfermo real apenas se ve, se explora”. ¿Decadencia o choque generacional? No lo sé,